



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATÍRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
V́ctor P. de Landaluze (D. Junípero).

Año II.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses....\$ 5-25 Núm. suelto.....,, 25

Habana 13 de Noviembre 1870

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....,, 30

Núm. 2.

SUMARIO.

Texto.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Perros y gatos, por Juan de Austria.—Parque de artillería, por Juan de las Viñas.—¿Cómo se llama? por Juan Dándole.—Cuentos de manigua. La partida de la muerte, (continuación), por Juan Sin-Tierra.—El café, por R. de Medina.—Epístolas á JUAN PALOMO; de Nueva York, por John Bull.—Los Juanes de antaño, (continuación), por Juan de Juanes.—Historia sentimental, por Juan Asecas.—Combate naval, por Juan Tenorio.—Teodora Lamadrid, por Juan Centellas.—Sartenazos.
Caricaturas.—Por Don Junípero.

MENESTRA SEMANAL.

HEMOS estado viviendo mas de dos años de una manera puramente interina, provisional, á salto de mata, como si dijéramos.

Hemos visto, correr los dias de un modo uniforme, monótono, cansado.

Hemos visto deslizarse el tiempo (y deslizarse tambien algunos otros deslices) teniendo los dias cuanto puede pedirse á un dia. Veinte y cuatro horas, mañana, tarde, noche, sol, luna, estrellas, mosquitos, peloterías, arranquitis, desazones y otros escesos.

Lo único que no tenían, para nosotros, era un rey.

Una vez tuvimos uno casi acabado: faltaba solamente el remate; es decir la corona; pero aquello pasó como un cometa.

Como un cometa en toda la estension de la palabra, porque trajo rabo y no pequeño.

Rabo que todavía está por desollar, y eso que una *bazainada* (cuidado con lo que se lee) en Metz lo ha medio despachurrado.

Le faltaba el remate y lo *remató* un emperador *rematado*.

Ahora ya tenemos rey.

Entraremos en caja; tomaremos asiento en la vida ordinaria: dejaremos de comer, decir, roncar, suspirar y pedir prestado *interinamente*.

Todo tendrá carácter definitivo.

¡Ay, de los ingleses!

Después de tantas dudas y sinsabores, parecia que la eleccion de un rey para España, tenía que provenir de un suceso extraordinario.

Si el pensar solamente en un candidato ha costado doscientos mil hombres y un emperador; que no debería costar la eleccion definitiva de un monarca?

Siguiendo la gradacion natural de las cosas, era indispensable un cataclismo, para quedar bien y con la solemnidad que el caso requiere.

Y sin embargo de eso, y á pesar de la lógica, ha

resuelto la cuestion un acontecimiento de lo más vulgar, y más natural que se conoce.

¡Un parto!

O mejor dicho, dos partos; contando con el inevitable, que habia de resultar para que existiese el hombre-candidato.

Me explicaré.

En el mes de enero del año último, estuvo en candelero el Duque de Aosta para ocupar el trono español.

Quería el gobierno, quería el papá Victor Manuel; quería aquel papá que la Europa se habia echado, y que acabó su vida en Sedan; quería Olózaga, que en esto de *quererles* pica muy alto; querían casi todas las naciones: y sin embargo de

“los impulsos del querer”

no cuajó el proyecto, porque el príncipe Amadeo era el heredero natural y obligado de la corona de Italia, si su hermano mayor cerraba el ojo sin sucesion.

Y habia motivos para sospechar que así llegaría á suceder, porque Humberto tiene una naturaleza raquítica y endeble.

Pero como nunca falta un roto para un descosido, el primogénito de la casa de Saboya tuvo un hijo y al aparecer este, desaparecieron las dificultades que tenia Aosta para ser rey de España.

Y lo será, segun todas las señales.

Ignoro si será un monarca completo; lo que sé es que motivos tiene para ello, pues bien puede decirse que es un rey que lo han parido dos veces.

Señas particulares.

Edad veinte y tres años; hijo de un rey liberal, que de un pueblo pequeño ha hecho una nacion grande; casado.

Esta última circunstancia es un alivio para el gobierno, que no tendrá que pensar en darle estado.

¡Veintitres años!

Hay muchos que ven un inconveniente en esta edad juvenil.

Y, cosa rara! los mismos que *censuran* los veintitres años de Amadeo, se dan por satisfechos y pagados con los trece del niño Alfonso.

Ateme V. ese mosca por el rabo!

La juventud no es para mí un defecto: al contrario, tengo más fé en los jóvenes que en los viejos. No dejo de conocer, sin embargo, que un monarca de veintitres años, debe causar perjuicios á determinadas personas.

Por ejemplo; al inventor del aceite de bellotas,

que en algunos años, no puede tener esperanzas de adornar sus tarjetas con el pomposo título de

PROVEEDOR DE CAMARA.

Casado.

Lo está con una princesa que se llama, *Cisterna*.

El nombre no es comun, pero bonito tampoco. El nombre no hace la cosa, como dicen los franceses; y llámese como quiera, puede ser una mujer modelo.

Ah! si lo fuese para su marido, saldríamos muy gananciosos; pues de una mujer *Cisterna*, podría salir un hombre *pozo*..... de ciencia.

Ojalá!

Creo que la nacion se dará por muy satisfecha con tener pronto un gobierno estable; dejándose de una vez para siempre de quimeras y de *palos*. Que es el fruto que más se ha dado en los campos de la interinidad.

Una cosa desea JUAN PALOMO; que al reinado de *Interinidad I*, no suceda el de *Interinidad II*.

Oh! no.

Hemos tenido un desafío acuático. Me parece mejor llamarlo así, que no, combate naval.

Los ejércitos que en Francia están zurrándose, podían haberse pasado muy bien sin la lucha que el miércoles ha presenciado media Habana.

Cualquiera que fuese su resultado, en nada había de influir en el éxito de la campaña; pero existían rencores, que por su índole podemos llamar *anfíbios*, y había que desahogarlos medio en tierra y medio en mar.

Resultado final: dos nichos mas ocupados en el cementerio (¡pobres víctimas!), una caldera rota y

“el mundo en tanto sin cesar navega”

y el rey Guillermo en Versalles y Bismark en todas partes, donde haya que aunar un lío, de esos que solamente el gran canceller prusiano puede enredar y desenredar.

¿Porqué se han de empeñar los capitanes del *Meteor* y del *Bouvet*, en hacer un nudo más en la meraña?

¿A qué conduce eso?

Que no se repita la escena del miércoles, que no se repita!

Natural es que ajusten su conducta militar á la situacion en que se encaentan sus respectivos países; pero eso puede hacerse sin emplear los furores *premeditados*.

Vamos, que no me gustan, no me gustan esas cosas!

JUAN PALOMO.

PERROS Y GATOS.

Estoy dando vueltas sin cesar en mi imaginación á esta pregunta, para la cual no encuentro una respuesta satisfactoria:

¿Por qué han de vivir como el perro y el gato?

No veo la razón, no encuentro el motivo, no hallo el pretexto, no adivino la causa, no doy en el *quid*.

¿Cuál puede ser, ó mejor dicho, es en casi todas ocasiones la base de esas peloterías á que los humanos se muestran tan inclinados?

La envidia.

Sí; pero la envidia nace de la superioridad de un individuo sobre otro; y dónde está esa superioridad?

Eclipsada, oculta, pulverizada, desleída, evaporada.

En qué supera Céspedes á Aldama? en qué se diferencia Mestre de Aguilera? qué desigualdad se nota entre Ponce y Quesada?

Quisiera yo que me dijese, qué tendrán que envidiarse unos á otros esos seres bípedos é implumes, aunque por lo *gallinas* no les estarían de más algunas plumitas en el rabo, sin que esto sea ofender su modestia.

¿Por qué han de hacer la vida del perro y el gato; ellos que podían disfrutar una paz octaviana?

¿Por qué esos continuos dimes y diretes; esos insultos embizados unas veces y en calzoncillos, ó más en paños menores todavía, las otras?

¿Por qué llamarse mutuamente *briones* en son de agravio, cuando podían estárselo diciendo á todas horas del día, como cosa corriente y sin faltar á la verdad?

¿Por qué *El Demócrata*, papel que se cree á sí mismo periódico, ataca rudamente á *La Revolución*, impreso que se cree órgano?

¿De qué nace esa rivalidad?

¿De que se tienen celos, cuando *La Revolución* sabe que nadie lee *El Demócrata*, y este se halla enterado de que nadie lee *La Revolución*?

A un mismo uso destina el público ambos papeles; qué tienen que echarse en caras entónces?

Ah! quién me aclarará estas dudas que me atormentan, me afligen, me confunden y despampanan?

Allá por los campos de Yara brilló una estrella, ó mejor dicho, un lucero (es decir, un *lucero* con *lu*, cantidad cuyo valor deben conocer los matemáticos); mientras aquí, en el campo de Marte, esquina á la calzada de la Reina, brillaba otro lucero con no menos fulgor que aquel.

Total; dos luceros: una pareja, un tronco, una yunta de luceros.

Algunas veces he oído decir á los poetas que los luceros tiran del carro de la aurora.

Ah! luceros de Yara y del Campo de Marte, os veo, os adivino en tan poética ocupación: tirando del carro!

¿Tira uno más que el otro, para que exista rivalidad entre ambos?

No lo sé; pero la rivalidad existe.

Los dos astros se propusieron recorrer la misma órbita; el uno por la manigua, desde el desprestigio al envilecimiento; el otro de salón en salón, de junta en junta, desde la tontería á la ruina, y ambos han seguido su camino sin tropezar, y escediéndose cada uno en el desempeño de su misión.

¿Por qué se miran entónces con recelo?

¿No es ese un camino por el que pueden pasar cómodamente y sin codearse?

Había un punto alto, donde ámbos pretendían llegar: ese punto era, como si dijéramos, la chimenea de la torre de Babel.

El humo de esa chimenea, formando caprichosos dibujos, tomó la forma de una silla presidencial. A esa fantástica silla quisieron los dos trepar, y treparon haciéndose presidentes, como podían haberse hecho archipámpanos ó melocotones de Aragón.

¿De qué servían ámbos personajes en su elevada posición?

De estorbo; sin que pueda decirse cuál de los dos estorbaba más.

¿Por qué entónces se hacen esa guerra tenaz? ¿Qué tienen que echarse en cara? ¿Por qué *El Demócrata*, órgano del primer lucero, del lucero campestre, lucero *guajiro*, como si dijéramos, combate con saña cruel al segundo lucero, al lucero de la ciudad, *urbano*, para hablar correctamente?

Un hombre de espíritu fuerte, espíritu de vino, sobre poco más ó menos, se propone redimir á su patria, y para ello pone piés en pared y bueyes ajenos en bolsillo propio: corre, suda, se agita, bosteza, pide, toma, guarda y *pule*, y lo mismo que si nada hubiese hecho.

Otro espíritu... de la golosina, por redimir también la misma patria, busca, saca, chupa, escamotea, araña, pesca rebaña y trabaja para el Obispo.

¿No se parecen esos dos hombres, como un borrego burdo á otro borrego burdo?

(Nota.—No se crea que en esta comparación trato de ofender á los borregos.)

¿Por qué, siendo así, se odian?

¿Por qué motivo se injurian?

Si por un imposible se corre en la manigua, por el mismo imposible se grita en las calles de Nueva York, Nassau y Cayo Hueso.

¿No son todos unos; por qué se descargan entónces golpe sobre golpe? Si majaderos hay en el bando que se llama *radical*, majaderos hay en el que se titula *conservador*.

Si de nada sirven los unos, de ménos sirven los otros.

¿Por qué regañan, pues? ¿No son lobos de una misma camada?

No acierto la razón: no puedo explicarme la causa de ese antagonismo que se observa en las cartas que vienen á nuestras manos, cuando era otro su destino; en los periódicos de la causa, en los discursos, en las conversaciones, en todo lo que á esa gente se refiere.

No adivino por qué se odian *fraternalmente é igualmente* se insultan, y *liberalmente* se dan de golpes.

Sí; ya parece que alcanzo una razón. ¿Será por aquello de que no hay peor cuña que la de la misma madera?

Pero, señor; si ni para cuñas sirven....

JUAN DE AUSTRIA.

PARQUE DE ARTILLERIA.

Ahora, en estos tiempos

de tanto trastorno,

de ametralladoras,

de cañones monstruos,

de luchas sangrientas,

de combates horribles,

de franceses flacos,

de prusianos gordos,

de carlistas feos,

de intratables *rejos*,

de hulanos que pegan,

de mambises tontos.

Ahora, en estos tiempos

de tanto alboroto;

en que cada *quisque*

vá buscando el modo

de inventar un arma,

de acero ó de plomo,

con que un agujero

abrir á su prójimo,

yo también, señores,

voy haciendo acópio

de esas *herramientas*

que son un tesoro.

Tengo ya guardadas

en un parque sólido

las armas siguientes,

que hicieron destrozos:

El rayo de fuego

de los negros ojos

de una costurera

en fino y en.... gordo,

que hilvanaba *gallos*

y zurcía *pollos*.

La acerada flecha,

con que ese dios bolo,

que llaman Cupido

en vez de *Cu-tomo*,

del triste Marcilla,

de Teruel asombro,

taladró *inhumano*

el hueso *palomo*.

Aquella navaja

que en tiempos remotos

á nuestra madre Eva

sirvió en sus antojos,

mondando la célebre

manzana que á todos

á ponernos vino

las peras á.... ocho.

La espada de fuego

con que aquel demonio

guardaba la puerta

del jardín precioso,

en donde Adán y Eva

tuvieron el cólico.

De celos el dardo,

que entrando muy hondo,

hizo que á Desdémona

la matase el nóvio.

El hueso del burro,

que Sansón indómito

esgrimió con furia

contra un numeroso

aguerrido ejército

y lo hundió en el polvo:—

voy á ver si alcanzo

ese burro todo,

porque solo un hueso

me parece poco.

La espada de Dámocles,

el *puñal del godo*,

y lo más selecto

de este repertorio,

que hace al hombre fuerte,

valiente y rumboso.

aguerrido ejército

y lo hundió en el polvo:—

voy á ver si alcanzo

ese burro todo,

porque solo un hueso

me parece poco.

La espada de Dámocles,

el *puñal del godo*,

y lo más selecto

de este repertorio,

que hace al hombre fuerte,

valiente y rumboso.

Porque en estos tiempos

de tan grande embrollo,

en que muchos pegan

y pagan muy pocos;

hay que estarse armado

y dispuesto á todo,

por si el caso llega,

más tarde ó más pronto,

de contra una esquina

darle á nuestro prójimo.

JUAN DE LAS VIÑAS.

¿COMO SE LLAMA?

¿A quién no le ha sucedido alguna vez levantarse de un humor más negro que el alma de Céspedes, después de haber dormido toda la noche de un tirón?

Me figura que el percance es bastante común, y sólo así me explico el ser víctima de él con desesperadora frecuencia; pues,—sabido y olvidado lo tengo,—á mí nada me puede suceder que no sea común hasta dejarlo de sobra.

Y hoy me sucedió una vez más. Como dijo un poeta:

“Dormí como niño en cuna

Sonando-me paraísos,

Y al despertar, ¡ay! ni visos

Encontré de dicha alguna.”

¿Qué dicha ni qué calabaza! Hallé unos nubarrones en el alma, y un entrecejo tan fruncido, que todo me lo hacen ver negro, odioso, detestable, abominable, ¡horrible! ¡Bonito gé-nio he sacado de entre las sábanas!

Así es que me hallo dispuesto á romperme la crisma, hasta con el lucero del alba, que debe ser un ciudadano muy pacífico, á juzgar por la indiferencia con que oye las infinitas amenazas que los hombres le dirigen á cada instante, confiados sin duda, en que no se ha de tomar la molestia de bajar de su elevado puesto para responder á cachete limpio á los insultos que le prodiga gente tan baladí.

Esto sentado,—ó en pié, si les parece mejor—no extrañarán ustedes que atice unos cuantos latigazos, al primer infeliz que la suerte me depare, pues dicen que es de prudentes el procurar batirse siempre con el más débil.

Allá va el zurriagazo: al que San Juan se la dé, San Pedro se la bendiga.

Me revientan los anuncios de bombo.

¿Y á tí, caro lector?

Dí que también, puesto que nada te cuesta, ni con eso padecerá tu buena reputación.

Pero por lo mismo que me desesperan esos anuncios, obra de un charlatanismo que deja atrás al de todos los Dulcamaras pasados y venideros, los busco con marcada predilección para proporcionarme el mal rato de leerlos de cruz á fecha, como decirse suele.

Acabo de leer uno que pone por las nubes á la zarza-parrilla de Bristol: uno que empieza nada ménos que con esta aventurada afirmación: *los tullidos andan*, no siendo ménos hiperbólico el resto.

¡Divina zarzaparrilla, milagrosa zarzaparrilla de Bristol! Mentira parece que no la hayan canonizado ya, y debemos atribuirlo á un olvido que ni la flamante infalibilidad del Papa ha sido parte á evitar.

¡*Los tullidos andan!* Frase plagada del popular respons de San Antonio, consuelo de perdidosos, no es, sin embargo, tan *bola* como parece. Yo he visto andar á muchos tullidos; unos con muletas, otros á gatas, y otros.... en coche. Dice, pues, bien el anuncio: los tullidos andan.... como Dios les dá á entender.

¡Divina zarzaparrilla! El mejor día presenciaremos aquí una escena semejante á la resurrección de Lázaro.

Un cadáver, *verbi-gracia*, con varios agujeros de metralla en las sienes, yacerá tendido en cualquier parte. Al saberlo, un pomo de zarza-parrilla de Bristol, saldrá majestuosamente de los entrepaños de la botica más cercana, y se dirigirá al lugar del desastre. Una vez allí, acechará resueltamente á los maltrechos oídos del cadáver, y exclamará con voz tonante:

¡*Surgite et ambulate.*

Y el cadáver dejará de serlo, y se levantará de un brinco, ya sin averías, y dará las gracias lo más políticamente que pueda, á su salvador, quien le contestará muy amable: "no hay de qué, caballero Lázaro, estoy á la disposición de V., vivo en tal entrepaño, etc. etc."

Y hecho el milagro, tornará el pomo de zarzaparrilla á ocupar su puesto, con mesurado paso y grave continente, entre las aclamaciones de la multitud.

Para rarezas, para hallar lo grotesco en toda su fuerza, nada como el pueblo *yankée*. En él la despreocupación raya en lo sublime.

Véase, si nó, un anuncio, con que tropecé recorriendo las abigarradas columnas del *Herald* correspondiente al 1º de Mayo:

"Un joven caballero—traducción literal—de refinamiento, sobriedad, inteligencia y buena familia, desea una alianza *marcial* con una señorita de parecidos atributos y algunos *medios* para ayuda de una empresa, que producirá cuarenta mil pesos anuales de utilidad, sin riesgo. Todas las comunicaciones serán objeto de la consideración de un caballero. Dirigirse á S. P. Stevens, redacción del *Herald*."

Se conoce que la modestia no debe estorbarle gran cosa al señor S. P. Stevens. Por lo demás, ignora si lo de la sobriedad será una indicación embozada de que el *jóven caballero* solamente se achispa siete veces cada semana: ignora si lo de alianza *marcial* ó guerrera será un error de *caja*, ó una alusión á futuras empresas filibusteras; pero de lo que no me queda la duda más leve, es de que los *medios* significan dinero, y de que la alianza que el anunciante desea contraer, no tiene el amor por causa determinante, ni por punto objetivo la felicidad *moral* de la pareja, sino el buen éxito de una empresa comercial ó industrial, que tanto monta.

Lo que me admira más es que hable de *familia* el anunciante, y se titule caballero á boca llena. ¡Presumido!

Estos *yankées* son el diablo para las ratas.

Su *ninfa* Egeria es.... el todopoderoso *dólar*....

Pero si algún día llega á estraviarse la Poesía, hágame ustedes el favor de no buscarla entre los *yankées*: más fácil será hallarla entre los *sinsontes* de la manigua.

Ganas me están dando de emprenderla con el primer *sinsonte* que la suerte me depare, que es lo último que puede hacer un hombre desesperado; pero, sí; ¡vaya usted á buscar hoy un *sinsonte*! No se halla ni por un ojo de la cara. Con las noticias de la *manigua* y de Nueva-York, parece que están de.... *muda*: tengo, pues, que renunciar á los *sinsontes*.

Podría también echar cuatro frescas á las calles de la Habana, que con los lloqueos de las nubes, hallanse intransitables; pero es asunto muy *trillado* el asunto de las calles.

Nadie me impide atizar unos cuantos varapalos á los *angelitos* de la Cuba-Libre; pero sobre ser hoy un tanto aventurado el insultar á esos valerosos adalides de la civilización, ¿quién es el guapo que se atreve á revolver semejante *podredumbre*?

Vaya, está visto: la semana próxima me veré en el caso de escribir la biografía de mi paisano Demetrio, el hombre de las emigraciones.

O de escribir sobre los callos.

O sobre la influencia del *quimbombó*, en las sociedades pre-históricas.

Sobre cualquier cosa, en fin.

Y ahora tengan ustedes la bondad de contestarme: esto que acabo de escribir, ¿cómo se llama?

JUAN DANDOLO.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO TERCERO.

LA PARTIDA DE LA MUERTE.

XIV.

La visita del Comandante general de Cienfuegos á Luciano Godoy, había producido una alarma infundada, pues no tenía más objeto que conferenciar con aquél acerca de la causa que había originado la excitación popular contra el Comandante de la *partida de la muerte*; la autoridad local, persona dignísima y de recto juicio, estimaba en lo que valía al buen defensor de la integridad nacional, y quería, con verdadero conocimiento de causa, buscar el mejor medio de libertarlo de la prisión, dejando en su lugar su reputación de excelente español; así es que se esforzó por aparecer amable, prodigándole toda clase de consideraciones y pruebas de afecto, que Luciano supo agradecer, como hombre noble y de leal corazón.

—Es preciso, le dijo, que esa puerta se abra pronto, porque los buenos servidores, los valientes guerreros, hacen falta en el campo.

—Gracias, contestó Godoy con dignidad.

—Las armas, contestó el Comandante general sonriéndose, se enmohecen cuando no se usan, y arrinconarlas en tiempo de guerra, es más que torpeza; es una imprevisión.

—Esa puerta la he cerrado yo, y yo la abriré.

—Así lo espero, porque confío en el resultado del consejo.

—Y yo, tanto como en la imparcialidad del consejo, confío en las pruebas irrecusables que poseo para acreditar mi inocencia.

—¿Qué pruebas son esas?

—Me permitirá V. que las reserve para su tiempo, puesto que no está presente el tribunal que ha de juzgarme.

—¿No merezco saberlas?

—Esas pruebas no están todas en mi poder, pero estarán pronto, y entonces tendré el honor de ponerme de acuerdo con V. para que las estime, ántes de presentarlas á mis juzgadores.

—Gracias por la confianza.

—No tengo para la autoridad más que demostraciones de gratitud.

—Y á su vez, la autoridad amparará al que tanto se ha distinguido siempre en pró de nuestra causa.

—Mucho me duele, dijo Luciano, que no piense el pueblo como V., pues la amargura más cruel de mi alma, es la duda que ha podido despertar mi conducta, que creía acrisolada.

—Ay, amigo mío! las mujeres son un elemento fatal para los hombres públicos; sin las relaciones íntimas que unían á V. con Valentina Losada, nadie se hubiera atrevido á calumniar su patriotismo; pero desgraciadamente, el hermano de esa joven fué el prisionero que burló la vigilancia de la partida, y naturalmente, siendo su Comandante el responsable, sobre él habían de recaer las sospechas, agravadas por el parentesco indicado.

—La fatalidad así lo quiso, repuso Godoy mirando con recelo á la puerta del corredor, porque creyó haber oído que alguna persona se movía detrás de aquella, escuchando su conversación; pero todo se aclarará, Dios mediante.

—¿No sospecha V. que la asonada fuera obra de los enemigos de España en general, y de V. en particular? De todo son capaces, y como deben querer á V. mal, no me extrañaría que se hubiesen valido de semejante medio para librarse de un enemigo terrible.

—Acaso tenga V. razón.

—Mi primer fundamento es este papel.

Y el Comandante general leyó á Luciano la carta anónima que le habían remitido, denunciándolo como libertador de Ramon Losada, y como auxiliar de una trama que se levantaba contra la bandera española.

En los labios del acusado se dibujó una sonrisa del más profundo, y dijo levantando la cabeza con altanería:

—Sólo un enemigo perverso es capaz de escribir esas dos calumnias contra mí! Más aseguraré: ¡No hay un enemigo mío que dé crédito á semejantes imposturas!

—Y no obstante, el pueblo....

—El pueblo, interrumpió Godoy, no acusa porque obra siempre en el arrebato de un vértigo que ciega; el pueblo me conoce, y estoy seguro de que hoy siente lo que hizo, con el que tantas pruebas ha dado de buen patriota; el pueblo es irresponsable como los niños, porque todo el mundo los engaña para abusar de ellos.... ¡Pero nó! no es el pueblo ese puñado de hombres de acalorada imaginación que se lanzan siempre á donde los llevan! los hombres sensatos, el verdadero pueblo, saben que Luciano Godoy no puede ser traidor á su patria. ¡Ese pueblo no se mueve sino á impulsos de la verdad, á impulsos de la razón! ¡Y la razón y la verdad están conmigo!

—Leo en la cara de V. la inocencia, y la inocencia triunfará.

Al decir estas palabras, profundamente conmovido, cogió entre sus dedos el anónimo y disponiase á romperlo, cuando lo detuvo Luciano, pidiéndole que conservase aquel documento, porque quizás sería una prueba más ó menos eficaz para su defensa.

—Guárdelo V., si en algo puede favorecer su causa.

Y extendió la carta abierta, que al pasar por delante de los ojos de Godoy, le produjo un estremecimiento nervioso inexplicable.

—¿Qué es eso? preguntó el Comandante general sorprendido.

Luciano se apoderó del papel, y se llevó las manos á los ojos como queriendo borrar una impresión que se había grabado en ellos, transmitiéndola repentinamente á la imaginación.

—Aquí hay algo de extraordinario, añadió; aquí hay un misterio que necesito aclarar.

—¿Qué ha visto V. en esa carta?

—Nada, contestó Luciano, queriendo en vano disimular su emoción.

—La palidez de V. desmiente sus palabras. Hable V., amigo mío; si ha conocido V. la letra, no me oculte sus temores, pues juro cortar la mano cobarde que se ha valido de tan infame medio para perder á un buen servidor. La mano que escribió estas líneas, sembró la cizaña para producir la alarma, y

nadie tiene más interés que yo en que se haga justicia á V., y á la causa del orden, que defiendo.

La letra de la carta estaba desfigurada, pero Luciano la reconoció; y el lector comprenderá cuánta sería la amargura que se derramó de su corzon al convencerse de que la madre de la mujer que amaba, había sido la que intentara perderlo, entregándole á la justicia y al furor del pueblo; por su cabeza cruzó entonces el recuerdo de Ramon, del hijo de aquella madre desnaturalizada, que se hallaba en su poder y que él acababa de salvar, ocultándolo; pero la nobleza de su alma no sólo no le impulsó á vengarse, sino que no le hizo arrepentirse de su conducta generosa.

—¿Calla V., Godoy? preguntó el Comandante general.

—La vista de ese papel me sublevó el ánimo, y sentí que la sangre me ahogaba. ¡Es una iniquidad!

—Pero ¿conoce V. la letra?

—Nó, contestó Luciano con firmeza.

—¿Quiere V. conservar la carta?

—Nó, repitió aquel rompiendo el papel en cien pedazos; hay venenos que matan sólo con aspirarlos; esta carta es venenosa; y no quiero manchar mi proceso con semejante prueba; además, he considerado que el anónimo no tiene fuerza legal.

—No pensaba V. así un momento, dijo el Gobernador arrugando las cejas; y me extraña cierta vaguedad que noto en las palabras de V. cuando se trata de la acusación.

—¿También duda V. de mí? preguntó Luciano abriendo mucho los ojos.

—Dudar, nó.... pero.... En fin, el consejo resolverá, y mucho me alegraré de que destruya V. la sospecha que recae sobre su proceder, probando que no puso V. en libertad al prisionero Ramon Losada.

Luciano Godoy se quedó un momento como dominado por la sorpresa, al notar el cambio de tono del Comandante general, y cuando se disponía á contestar con entereza, abrióse la puerta del corredor, dando paso á Alejo Alcántara, que dijo desde el umbral:

—Señor gobernador, disponga V. S. que se devuelva la libertad al jefe de la *partida de la muerte*.

—¡Alejo! exclamó Luciano muy agitado.

—¿Está V. loco? preguntó el Comandante general.

—Nó, señor; Godoyes inocente del delito de que se le acusa. El libertador de Losada es otro.

—¿Quién es?

—¡Yo!

Luciano ahogó un grito, y se dejó caer en un sillón.

—¿Es V. el libertador del prisionero?

—Yo, repitió Alejo con firmeza; el segundo de la partida es el único responsable de esa falta; mande V. que se abran esas puertas para que el preso salga en libertad, y que el pueblo y el Consejo vengan á juzgarme.

El gobernador dió algunos pasos hacia la puerta, sin duda para llamar á su ayudante, que se había quedado en la antesala pero se detuvo al ver que por detrás de Alcántara apareció otra persona; un joven con los brazos cruzados, que dijo con tono tranquilo, pero solemne:

—Es inútil buscar al libertador de Ramon Losada, porque está aquí.

Luciano y Alejo lanzaron una exclamación de sorpresa, difícil de expresar.

—¿Quién es V.? preguntó el Comandante general.

—Soy Ramon Losada.

—¡Ramon Losada! gritó aquel, lanzándose sobre el joven y agarrándole por el cuello. ¡Todo se ha salvado!....

(Continuad.)

JUAN SIN-TIERRA.

EL CAFÉ.

SONETO.

Del grano ardiente que la Arabia cria
De embriagantes aromas impregnado,
El licor, por tu mano preparado,
Disipa mi letal melancolía;

Rompe de la tristeza la sombría
Atmósfera en que vivo aprisionado,
Despierta al pensamiento aletargado
Y á las presta á la rica fantasía.

Con nueva vida al corazón alienta,
Hace brotar marchitas ilusiones,
Tristes recuerdos de la mente ahuyenta,

Y con potente esfuerzo, galvaniza
De mi alma las muertas sensaciones,
¡Fuego que el tiempo convirtió en ceniza!

R. DE MEDINA.

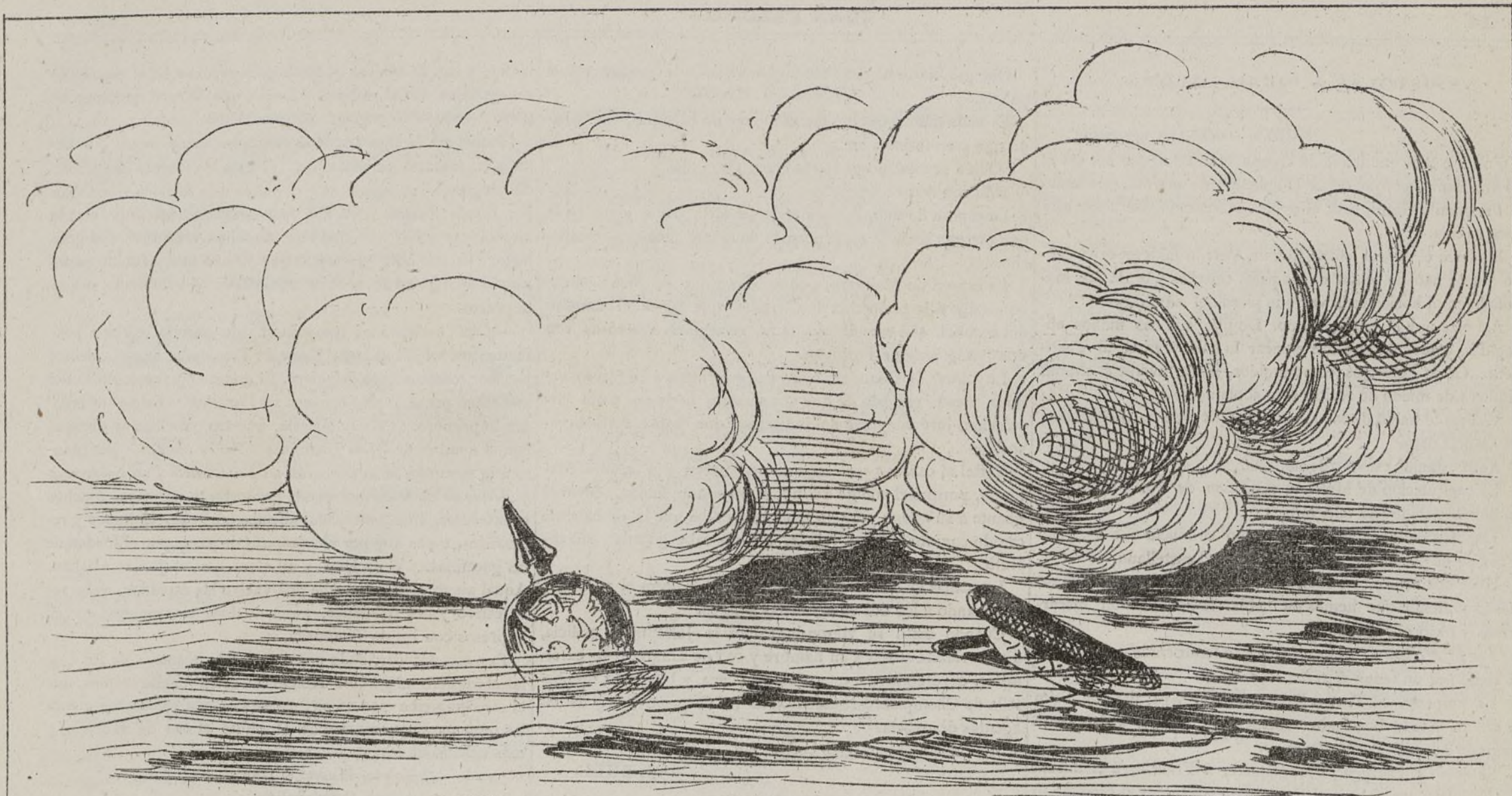
(Habana, 1870.)



EL DUQUE DE AOSTA.



TEOBORA LAMADRID
En el drama "Adriana Lecouvreur."



Unicos restos del combate de las cañoneras francesa y prusiana.



ULTIMAS NOTICIAS DE EUROPA.

Se asegura que Napoleon volverá á Francia apoyado por la influencia del Rey Guillermo de Prusia.

EPÍSTOLAS Á "JUAN PALOMO."

NUEVA-YORK, 3 DE NOVIEMBRE.

Forzoso será que hable de alguna otra cosa que no sea el laborantismo, porque desde el apabullo de marras que le dió el Presidente Grant, está el pobre acurrucado, sin decir esta boca es mía.

Me hace el mismo efecto que un perrito faldero cuyo dueño quiere hacerle sentar en las patas traseras y le dá una manotada en el hocico cada vez que pierde el equilibrio.

Así está hoy el laborantismo. De pié, con las manos encogidas, contentándose con menear la cola y mirar al Presidente Grant con ojos compungidos, sin atreverse á ahullar siquiera de miedo de recibir otro soplamocos.

Y si no te hablo de los laborantes, ¿de qué puedo hablarte, JUAN PALOMO?

Aquí estamos escasos de noticias.

La capitulación de Metz, la rendición de París, todo esto lo habrás sabido por telégrafo.

También debes saber por el mismo conducto que D. Juan Prim se ha propuesto hacernos olvidar el castellano.

Hace dos meses nos quería obligar á estudiar el alemán; ahora pretende que hemos de hablar italiano, comer macarones y tocar el organillo.

Per la *Madonna!* siempre creí que tendríamos que mandar á Italia por un tenor *di primo cartello*.

La empresa del Teatro Nacional de España, titulada Prim y C^a, ha estado buscando vanamente un buen artista para ponerlo á la cabeza del elenco.

Se envió á Portugal, á Inglaterra, á Francia, á la misma Italia; nada, todos los artistas estaban ajustados ó no querían firmar el contrato con la empresa española.

Se intentó poner en escena óperas alemanas, dar popularidad en España á las obras de Mozart, de Handel, de Hayden, de Beethoven, de Mendelssohn, de Meyerbeer y de Wagner; se ajustó y hasta llegó á firmarse el contrato con un artista alemán llamado *Lorenzo-Ileno Sinlaringe* (á pesar de que la *laringe* es lo que más se necesita para su arte); pero á *monsieur* Napoleon, empresario del Teatro Imperial de Francia, se le antojó que no le convenía que este artista debutara en España, y le obligó á rescindir el contrato, á consecuencia de lo cual lo han quitado de la empresa.

Ahora los señores Prim y C^a han pensado que, después de todo, la música italiana es más dulce, más alegre, y sobre todo más del gusto del pueblo español, y han cambiado el repertorio, sustituyendo á las óperas alemanas las italianas más conocidas y algunas bufas, entre las cuales se citan, *Il Reggente*, de Mercadante, *L' inutile precauzione*, de Petrella, *La prova d' una ópera seria*, de Mazza, *Erano due, ora sono tre*, *Così fan tutti*, *Le due illustri rivali*, etc., etc.

Pero siempre se necesitaba un tenor, sin cuyo requisito no es posible el desempeño de una ópera.

Afortunadamente, la agencia de los señores Víctor y Manuel, de Florencia, se ha encargado de procurar uno nuevo y fresco, acabado de salir del huevo, quiero decir, del Conservatorio.

Yo no sé cómo Prim y sus adláteres han resuelto importar un monarca del extranjero, cuando tenemos en la manigua un descendiente del rey Wamba, en línea recta.

De Nueva York poco puedo decirte.

Estamos en período de elecciones.

Esto quiere decir que almorzamos elecciones, merendamos elecciones, comemos elecciones, cenamos elecciones, soñamos elecciones, las vemos, las oímos, las olemos, las gustamos, las tocamos, y hasta las respiramos.

Y advierte que las elecciones no se verifican hasta el próximo martes, y que ya llevamos cerca de mes y medio de este jaleo, y que cada día aumenta, y que yo no sé dónde iremos á parar, si Dios no se apiada de nosotros.

Hablas de huracanes, hablas de inundaciones; no hay torbellino, no hay terremoto, no hay diluvio que pueda compararse con el trastorno que aquí reina en estos días.

Es un alud, un simón, una epidemia política que todo lo invade y todo lo corrompe.

Cañonazos por la mañana, *meetings* por la noche, á todas horas carromatos con orquestas ó cabalgatas, que á son de trompeta y con diversidad de estandartes y pendones, recuerdan á los ciudadanos que se acerca el día del sufragio.

Parece que estos ciudadanos tienen la memoria tan floja como la mollera, pues el Corregidor de la ciudad dispuso que el lunes pasado se disparasen 500 cañonazos por la mañana, para recordar á los ciudadanos en el momento de levantarse, que el lunes y el martes eran los días fijados para el registro de electores.

El gobierno de Washington ha mandado tropas á Nueva York, y los demócratas han tomado una actitud belicosa.

¡Dios nos la depare buena!

¿Correré sangre? No lo sé.

Lo que sí puedo asegurarte, es que correrá mucho aguardiente; mucho *whiskey* y mucho *gin*.

A otro asunto.

Que por cierto ha ocupado algunos días á la prensa y á la policía.

Es nada ménos que un desafío entre un español y un cubano que eran íntimos amigos.

¿Quién es ella? preguntará como Quevedo.

Ella son tres en este caso.

La esposa de uno, la prometida del otro, y una jóven á la que ese otro hacia la corte además de la que tenía en escabeche.

La esposa de Malibran, que así dicen que se llama el cubano, dijo á la prometida de Chandor, que tal es el nombre del español, que este último tenía relaciones amorosas con una *young lady* de Fordham.

La *fiancée* de Chandor, hubo de pedir celos á su futuro esposo, y este, enojado de que sus secretos tuviesen tanta circulación, juró vengarse del indiscreto que había turbado su sosiego.

Cartel al canto; pero como no podía retar á la señora Malibran, porque el código del honor no admite faldas, envió el guante á su amigo, que no tenía más culpa que la de haberse casado con una señora rajada, que no sabe guardar un secreto.

La policía se enteró del asunto, y echó á tierra el proyecto, encerrando á los dos antagonistas amigos.

Cuando estos se vieron juntos en la Jefatura de policía, dieron rienda suelta á su hambre y sed de sangre y de exterminio, devorando... una suculenta cena, y bebiendo una botella de Champaña á la salud de la infeliz prometida y de los agentes de policía.

Así terminó tan trágico suceso.

JOHN BULL.

LOS JUANES DE ANTAÑO.

ARTÍCULO JOCO-SERIO, CON SUS PUNTAS DE CRÍTICO Y SUS COLLARES DE LITERARIO, DEDICADO A LOS JUANES DE OGAÑO.

(Continuación.)

—Hénos aquí en pleno siglo décimo quinto, exclamó mi Diabolo Cojuelo. ¿Ves aquel corro donde no se sabe qué admirar más, si la gentileza de las personas ó la bizarria de sus trajes? ¿Quién creará que le componen poetas? Poetas que ostentan airones y plumajes, medios rasos, brocados, armños y cebellinas, cuchilladas y tomados, orlas de seda y orfebrería. Pues no son ménos ilustres por el nacimiento que por el ingenio. ¿Aun no has conocido la brillante cohorte de trovadores de que se rodea un rey trovador? Como él es Juan, abundan allí los Juanes, y entre ellos no pocos que hacen gala de festivos decidores.

Nos acercamos, y vimos mientras el concurso, hacia grandísimo silencio, á Juan Anton Montoro, trovador tan poco afamado como digno de serlo, conteniendo agudamente con Juan Poeta, ingenio de la corte, que pretendió ser el Batilo de aquel Virgilio; con lo que tuvimos nuevos *Sic vos non vobis*.

Estábase allí hecho un bausan, cuando mi hombrecillo chilló con su voz de fasete:

—Mira, mira aquel de las luengas vestiduras, que anda como si quisiera embutirse en ellas para no ser visto. Es el *doto varon* Juan de Mena. Pónle, pónle en tu lista.

—¿Al autor del *Laberinto*?

—Sí, sí, que las coplas de la Panadera lo piden á voces; aunque haya hecho su autor de gatita de Mari-Ramos.

Desviado del corrillo principal, nos encontramos á Juan Rodríguez de la Cámara; y echado en el antepecho de un balcon, á Juan de Padilla, cantando con el mayor desenfado:

Bien puedo decir par Dios,
Sennora, de mi mal trato,
Que así me vá con vos
Como á tres con un zapato.

Y luego, aumentando la voz:

Bien pensara yo, sennora,
Que yo solo vuestro era,
Fasta el punto de agora
Que ví lo que non quisiera;
Pero pues pasan de dos
Los que comen á este plato,
Digo que me vá con vos
Como á tres con un zapato.

Casi nos salíamos de este compartimiento, cuando llamó mi atención un hombre que se paseaba á trancos, gesticulando con no vistos ademanes, y que declamaba ahuecando los carrillos.

Apliqué el oído, y me pareció que maltrataba de palabra á las mujeres.

—¡Pist! Es Juan de la Encina, exclamó sin darme tiempo para interrogarle, mi lenguaz conductor, que estará ensayando algunas de las églogas con que ha conquistado el nombre de poeta satírico. Sus disparates trovados se hicieron prover-

biales; y aun él hubiera quedado para muchos en el mundo de los espíritus sin el padre Sarmiento, que le sacó de ánima en pena. Dios se lo pague al reverendísimo.

Grande era la algazara de la numerosa concurrencia que llenaba las cámaras subsecuentes. Todos los rostros inspiraban allí alegría. Las agudezas y donaires más festivos resonaban por donde quiera. No fué necesario que mi improvisado mentor me advirtiese que eran aquellos escritores del gran siglo. Pronto noté un sujeto que estaba muy afanado papeleando metido entre códices apolillados y volúmenes recién impresos.

—¡Ola! exclamó mi compañero, que parecía leer mis pensamientos, vé allí al buen Juan de Timoneda, autor, colector y editor, como así me lo quiero. Si donoso en verso, no lo fué ménos en prosa. ¿No conoces su *Turiana*? Esta obra testifica lo primero. Para publicarla, nuestro papalista se disfrazó con el nombre de Juan Diamonte. No lo olvides. En cuanto á lo segundo, te lo probarán su *Patrañuelo* y su *Sobremesa* y *Alivio de caminantes*, donde encontrarás con canas muchos cuentecillos, anécdotas y chilindrinas, que muy afeitados y remozados, topas hoy por ahí después de pasar por el Jordan de las gacettillas. Y en Dios y mi alma que mejor se estaban. Aquel su acompañante, que nos vuelve las espaldas, debe ser el festivo Juan Aragonés, autor de doce cuentos, que corren impresos con los de Timoneda.

Pasaron dos corriendo por delante de nosotros, de los cuales el zagüero al parecer recitaba á voz en cuello versos, que el otro pugnaba por no oír, tapándose con entrambas manos las orejas. Representóseme al punto el oso de Horacio, y más cuando de corrida alcancé á oír:

Valete, Musæ, si potestis amplius
Amare Palmirenium.

¿Cuál no sería, pues, mi asombro al saber que el perseguidor era el insigne poeta hispano-latino Jaime ó Jacobo Juan Falcó, que armado de una ingeniosísima sátira, intentaba echar de aquel recinto al profano Lorenzo Palmireno?

Distrajo en eso mi atención el célebre don Juan de la Cueva, que, descalzándose á toda prisa el coturno, entraba con cara de risa, haciendo del pascasio. Mi dómine tenía, parece, grandes antojos de ver á sus viejos amigos, pues no decía palabra y alargaba el paso. Sin embargo, no pudo impedir que me detuviese junto á un corrillo, donde ví alzado sobre un baul á Juan Rufo, que mientras cuidadosamente bruñía su épica trompa, cantaba así:

Tú, que los héroes famosos,
Lira, un tiempo celebraste,
Y del olvido libraste
Sus ánimos valerosos,
Lamenta con triste son,
No de amor casos fundados,
Mas los dias mal logrados
De un sin ventura raton....

—¡Simple! saltó mal humorado mi conductor, arrastrándome casi de por fuerza, ¿no ves que te espera el siglo de los Juanes?

Estas palabras me anunciaban el décimoséptimo. ¿Quién podrá pintar á la imaginación la apiñada multitud que hervía en los nuevos salones? Había en ellos gentes de todas edades, clases y condiciones. La raída loba del cura, el hábito desgastado del fraile y la brillante muceta del prelado, se confundían con la pomposa garnacha del magistrado, y las vistosas ropas de los caballeros y señores. Desarrugóse el sobrecejo del hechicero, y comenzó contoneándose, á desenvolver las reverencias que de todas partes le dirigían. Bien eché de ver que estaba entre los suyos. Al divisarnos, se encaminó á nosotros un hidalgo de airoso continente, apoyada la siniestra en el pomo de una hermosa espada toledana, de aquellas que ni se sacaban sin razón, ni se guardaban sin honor. Con una despejada cortesía entregó á Espina un billete abierto; y este, continuando su oficio de trujaman, le puso en mis manos diciendo:

—Comienza saboreando esas graciosas redondillas de don Juan de Vera y Vargas. Aquel que ves allí alfeñicándose, es todo un licenciado, Juan de Valdés y Melendez, que después de haber celebrado en sus versos á una robusta Andandona, canta ahora con sumo donaire á una dama que se aficionó de un tuerto. Atiende.

Cerca estábamos, y así pude oír al licenciado de alcorza lo siguiente:

Entóldese mi musa
Con más justa razón que la del griego,
Y si hacello rehusa
Porque ha cantado ya de un niño y ciego,
El sujeto mejora,
Pues de un tuerto y crecido canta agora.

Pero mi don Juan, como estaba en sus glorias, había recuperado la locuacidad, y sin detenerse, prosiguió:

Ya asoma por allí un gentil hombre y gentil poeta, antecesor en el apellido, como en el ingenio, de uno de los más famosos de nuestros días. Juan Gerónimo Serra, autor de este

soneto delicioso. Y repuliéndose, y adamando la voz, dijo de esta suerte:

A doña Dafnes, una moza hermosa,
Apolo miró un día, y admirado,
Quedó en sus bellos ojos trasformado,
Y ella estuvo al martelo melindrosa.

Esta ocasion juzgó por venturosa
Apolo, y del capricho violentado,
Quiso verse en sus brazos enlazado,
Y ella escapóse, huyendo presurosa.

Perdone Apolo; que él fué un majadero
En querer por lo tierno enamorarla;
Que son ternezas solas raterías.

Por Dios, que á ser su pecho fuerte acero,
Pudiera con sus minas ablandarla,
Y mas dándola el coche algunos días.

—Mira como no se queda rezagado Juan de Horozco, singular en el uso de los equívocos. Recuerdo que hizo decir á una menina:

El galán que me quisiere
Siempre me regalará,
Porque de él se me dará
Lo mismo que se me diere.

Aquí descubrimos dos eclesiásticos, que trabados del brazo, departían amigablemente, aunque con notable viveza y prestos movimientos, interrumpidos por ruidosas carcajadas.

—¡Oh! ¡oh! exclamó mi amigo, acercándose á ellos más que de paso. Ahí tenemos dos predestinados en nombre y sobre nombre. Don Juan de la Sal, archivero de toda discreción; y el doctor Juan de Salinas, autor de razonadísimos versos. Llegóseles, y dándoles los brazos con extraordinario regocijo, pasó con ellos un breve diálogo, de que no percibí palabra. Sólo si noté que al despedirse, entregaba el más viejo á mi confidente unos papeles como cartas. Este, poniéndolas sobre la cabeza, y haciendo grandes extremos, se juntó prestamente conmigo.

¡Buena presa! Me gritó palmeando. Vé aquí lo que asegurará fama eterna á mi don Juan de la Sal. Son siete cartas donde refiere al duque de Medina Sidonia, la necedad ó bellaquería de un Sacerdote portugués, que, fingiéndose santo, traía por aquellos tiempos alborotada á Sevilla. No se puede concebir nada más deleitoso que la lectura de estas epístolas, en las cuales cada frase encierra un mundo de agudezas, que sin violencia se escapan de la pluma del regocijado autor. Toma, toma.

Diómelas; y yo de mí sé decir, que en su género no he leído nada que me agrade más.

—¡Ah! proseguía, ¡cuán bien, aludiendo á su apellido y á su natural donaire, le escribía mi amado Quevedo, remitiéndole unos romances:

Si les faltare la gracia,
A vuestra *sal* se encomiendan,
Que por obispo y por docto,
Sabeis ser *sal* de la tierra.

Porque has de saber que fué obispo de Bona, y coadjutor del arzobispado de Sevilla, su patria. Mas no debo olvidar al buen Salinas, al cantor de los Ejercicios de San Ignacio (y el implacable adversario de los jesuitas decía esto relamiéndose) poemita muy conocido, aunque asaz adulterado por su editor el *herético* (y me hacia del ojo,) don Bartolomé José Gallardo, la miserable caricatura de Rousseau, de Voltaire, de Diderot, de D'Alembert, de Federico, de Robespierre, de Marat (*) (y á cada nombre de estos, parece que se empuñaba un codo.) En cuanto al poeta entendido, ten que fué uno de los más donosos de aquella era gloriosa para nuestras letras. Epigramista ingeniosísimo, que así jugaba del vocablo, como hería sin rebozo con la sátira. Oyele bejar á un fraile viejo, mentiroso y falto de dientes:

Vuestra dentadura poca
Dice vuestra mucha edad,
Y es la primera verdad
Que se ha visto en vuestra boca.

(Conchurrá.)

JUAN DE JUANES.

HISTORIA SENTIMENTAL.

Un joven escritor,
amó á una actriz con entusiasta ardor,
actriz, que por su porte y por su *planta*,
más debiera llamarse suripanta.

Dicen que un día, la miró en escena
de hermosa gracia y gentileza llena,
haciendo entusiasmada

un papel de fregona descarada;
y la encontró tan mona,
nuestro escritor haciendo de fregona,
que á su formalidad dando un ultraje,
de ella se enamoró como un salvaje.

Desde entónces, el joven, cada día
de su pasión en los delirios fieros,
con anhelo pedía

que le trajeran zorros y plumeros;
y tanto con plumeros desvarió,
que un plumero á la actriz se figuró.

Por fin, tomando al *trovador* por norma,
se declaró á la dama en toda forma,
y ella, dando á su afán, una esperanza,
supo inspirar al vate confianza.

Un día, ¡día horrible
que aun olvidar al joven no es posible!
con el fin de salir de unos apuros,
la bella le pidió ¡cincuenta duros!....
¡cincuenta duros!.... ¡nada es el antojo!

si me los pide á mí, la salto un ojo;
que en los tiempos presentes,
cincuenta duros son.... cincuenta dientes!

Y no es lo extraño que ella los pidiera,
sino que él ¡inócentel! se los diera.

¡Cuánto puede, lector,

en algunos mortales el amor!

Con rostro sonriente,
á verla fué el galán al día siguiente,
y supo ¡oh trance fiero! que la dama,
con una indigestión, estaba en cama.

Se marchó, y al volver el otro día,
la actriz estaba en cama todavía....
Volvió otra vez, y.... nada!

aun estaba la niña indigestada.

Pasaron varios días; y una noche
encontró el joven á la dama en coche....
La noche estaba oscura, ella iba sola....
¡Magnífica ocasión!—Ruede la bola—

dijo el joven poeta, y al cochero

—Pára—gritó con ademán severo.

Mas nunca lo dijera! que la dama,
quiso dar al galán una *camama*,
—Pica—dijo; y el coche con la artista
en un punto perdieronse de vista;

y quedó, lamentando sus deslices,
el vate con dos palmos de narices.

.....
Pasaron meses, y el feliz poeta
de la dama olvidó la infame treta,
gastóse ella los pesos con delicia
y él.... ni llegó á ponerla por justicia.

.....
Quien de una suripanta se enamora,
se queda sin dinero y sin señora;
su amor, es amor *puro*,
mientras se tiene en el bolsillo un duro.

JUAN ASECAS.

COMBATE NAVAL.

El pueblo de la Habana ha presenciado en su costa un hecho de esos que pocas veces se ofrecen á la curiosidad del público, y que, en las circunstancias actuales, tiene gran significación, porque puede decirse que es el primero de su índole entre las fuerzas navales de las dos poderosas naciones hoy en guerra, la Prusia y la Francia.

El 7 por la mañana entró en puerto la cañonera prusiana *Meteor*, del porte de tres cañones y tripulada por sesenta hombres, y tras ella, una hora escasa después, lo verificó el buque de igual clase francés llamado *Bouvet*, con el mismo número de piezas y veinte tripulante más que su adversario.

Tras un amago de caza al vapor correo francés de *Saint Nazaire*, nombrado el *Nouveau Monde*, que dió por resultado la arribada del mismo al puerto, puede decirse quedaron sentados los preliminares de una batalla marítima, que se hacía tal vez indispensable ante el espectáculo de lo ocurrido, y de la guerra que hoy subsiste entre las dos naciones referidas.

Efectivamente; á la una de la tarde del siguiente día, y anunciando que esperaría en aguas neutrales á la cañonera prusiana, salió la francesa del puerto, y el día 9, á la misma hora, dejó en demanda de fuera del puerto su fondeadero la prusiana, escoltada convenientemente por el vapor de guerra *Hernan Cortés*, á cuyo bordo iban las superiores autoridades de tierra y mar, y multitud de oficiales y comisiones de todas clases.

Como para evitar siniestros marítimos, la autoridad principal de marina había prohibido el fletamento de embarcaciones mercantes que pudieran acudir á presenciar el combate. Las

costas, hasta una distancia de cerca de una legua, se llenaron de millares de curiosos, que ávidos de emociones nuevas para ellos, acudieron á presenciar el drama que más tarde debía representarse.

El *Hernan Cortés* maniobró convenientemente para dejar fuera de nuestra zona marítima al buque prusiano, y el cañonero de guerra *Centinela*, que navegaba también en conserva con el primer citado buque, seguía los movimientos del mismo, conservándose en la línea y posición que las circunstancias requerían.

En ambas naves de nuestra marina militar, había repuesto de medicinas, y facultativos de servicio extraordinario para el doloroso caso de tener que prestar auxilios á los contendientes.

El buque francés estaba frente á la ensenada de *La Chorrera*, y cuando divisó á la nave enemiga, empezó á maniobrar con mucha precisión, navegando en demanda de ella, arbolando en sus tres mástiles el pabellon nacional. El buque prusiano avivó su andar, y el vapor *Hernan Cortés* hizo lo propio; hasta que á eso de las tres y cuarto, quedando el cañonero prusiano fuera de nuestras aguas, nuestros buques conservaron la posición que habían ganado, navegando con rumbo al N. O. cuarta al N. y los cañoneros de ambas naciones enemigas, navegaron decididamente uno sobre el otro. El francés tenía calados sus masteleros y hecho el *zafarrancho* de combate con precisión.

El fuego se rompió por el cañonero francés á los pocos minutos, y los primeros tiros, sea por corto alcance de la artillería ó por otras causas, no llegaron á la línea en que navegaba el prusiano.

Este arboló entónces sus banderas en los tres palos, y no contestó al fuego del contrario, hasta que creyó podía utilizar convenientemente sus cañones; verificándolo poco tiempo después.

El buque francés intentó dos veces el abordaje, sin dejar por eso de hacerse fuego ambos buques, y una de ellas, cogiendo al través al barco enemigo, y disparando al mismo tiempo una granada que reventó en el cañonero prusiano entre los palos mayor y mesana; sea que obedeciendo á desarticular por causa del proyectil, ó verificándose este á consecuencia del movimiento de ambos buques, el *Meteor* desartoló de dichos dos mástiles citados, quedando sólo en pie con algunas averías el trinquete.

Al mismo tiempo una granada dirigida por este último al francés, penetró en la máquina, y una nube de vapor cubrió al *Bouvet* instantáneamente, retirándose con precipitación, y cazando sus velas en dirección á la línea neutral hacia donde empezó á navegar con decidida intención de cortarla pronto; circunstancia que hizo comprender á los espectadores que el buque tendría averías de consideración.

El buque francés entró en aguas neutrales á las tres y media, hora en que el vapor *Hernan Cortés* hizo un disparo, en demostración de que por lo pronto quedaba terminado el combate.

Durante la retirada del cañonero francés se cambiaron todavía algunos disparos. El vapor *Hernan Cortés* destacó embarcación de auxilio para el buque prusiano, cuyo jefe dijo que la agradecía, pero que era innecesaria, y el cañonero *Centinela* quiso hacer lo mismo en obsequio al *Bouvet*, lo cual no fué posible en razón á que este se adelantó, en virtud de su andar, á una distancia grande, ganando á la vela la entrada del puerto, en la cual tomó un remolcador que lo condujo al fondeadero.

En el combate se han cruzado unos treinta y ocho disparos de cañón, y algunos tiros de carabina y de revólver. El buque prusiano tuvo dos bajas causadas por casco de granada y un herido de proyectil de plomo.

El francés tres heridos, dos escaldados por la explosión del vapor y otro de un astillazo.

Las averías del prusiano consistieron únicamente en los dos palos perdidos, y algunos consiguientes desperfectos en cubierta y en la obra muerta.

Los del francés, en el tubo de vapor de la máquina, caja de humo y otros accesorios, así como también el boquete en el costado de estribor, abierto por la granada, y la pérdida del mastelerillo de proa.

Ambos se portaron con decisión y valor, y maniobraron bien durante el combate, sin que se pueda adivinar victoria á ninguno, á consecuencia del carácter especial que tuvo el combate.

Los buques de nuestra escuadra cumplieron, como siempre, con los deberes de humanidad posibles, sin que por eso hayan permitido violar las leyes de neutralidad, tan de respetarse en todos casos.

El combate puede decirse que fué de pequeña importancia, pero de todas maneras, el *Meteor* y el *Bouvet*, han sido los que iniciaron con el primer encuentro, la guerra marítima entre dos naciones que en tierra han librado las batallas más formidables que registra la historia de los hechos militares modernos.

JUAN TENORIO.

(*) Tan desalentadamente he visto con dolor calificado á ese hombre insigne en una excelente obra, que no quiero citar. Nota del *Preste Juan*.

TEODORA LAMADRID.

Damos en el presente número, para que sea conocido por todos nuestros lectores, el retrato de la inteligente y distinguida actriz señora doña Teodora Lamadrid, cuyas altas dotes artísticas son ya conocidas por todos los aficionados al arte escénico.

Dedicada desde muy tierna edad al teatro, hacia el que demostró siempre verdadera predilección, muy pronto se hizo notar por sus excelentes disposiciones para la escena, alcanzando numerosos y entusiastas aplausos, siempre que se presentó delante del público; obteniendo, muy joven aun, un verdadero triunfo,—el primero de los muchos que ha sabido conquistar en su larga carrera,—cuando representó por primera vez, creímos que en Madrid, el notable drama de Scribe titulado *El vaso de agua*.

Desde entonces, su vida artística, ha sido una no interrumpida serie de aplausos y ovaciones.

En 1849 se puso por primera vez en escena el magnífico drama *Adriana de Lecouvreur*, estando el papel de la protagonista á cargo de la ya reputada actriz que nos ocupa, y estuvo esta tan acertada, tan inteligente, tan inimitable en su desempeño, que al conquistar un nuevo laurel para su corona artística, contribuyó mucho á immortalizar el nombre de dicha obra dramática. En ella se elevó la Teodora Lamadrid á tanta altura, que es imposible escuchar el nombre de *Adriana*, sin que acuda en seguida á la memoria el de la actriz que tan admirablemente supo interpretarla.

La campana de la Almudaina, La rica hembra, El desden con el desden, y otra multitud de obras dramáticas de las que componen su extenso repertorio, fueron contribuyendo sucesivamente á immortalizar el nombre de esta distinguida actriz española, que muy en breve logró colocarse en primera línea entre nuestras eminencias artísticas.

Esquisito gusto, distinguidas maneras, facilidad y expresión en el decir, y en resumen cuantas cualidades se requieren para la escena, sin que una sola le falte, han conquistado á dicha actriz una verdadera predilección entre los inteligentes; y al tener ahora la dicha de verla por estas regiones, no podemos por menos de felicitarnos sinceramente por la agradableísima temporada teatral que nos espera.

JUAN CENTELLAS.

SARTENAZOS.

Dicen que la emperatriz Eugenia ha ido á Wilhelmsheide de incógnito para ver á su marido.

Hombre, esas visitas así, de tapadillo....!

Me parece que la condesa de Teba ya podía suprimir esos disfraces. Todo el mundo conoce que vale más que su esposo, con que....!

Ah! la acompañó Bazaine.

Este sí que no viaja de incógnito: desde que dejó el disfraz en las puertas de Metz, todos le llaman por su verdadero nombre.

El Club de Mujeres que se ha instalado en Marsella, pide que se erija la guillotina y que sea decapitado el obispo de aquella ciudad, para dar principio á la obra, y sin duda como ensayo.

El bello sexo se ha distinguido siempre por sus gustos delicados.

Digo! me parece que la situación del señor Obispo no podía ser más delicada si triunfase el voto del Club.

Cuando se rindió Metz, existían en la ciudad 19,000 enfermos, y durante el sitio habían perecido 35,000 personas, muchas de ellas por falta de asistencia.

El azúcar valía 30 francos la libra; la sal 15; una cebolla 60 céntimos; una patata 45.

De resultados de la rendición, el rey Guillermo ha dado al general Moltke el título de conde.

Jesús! cuánta barbaridad trae consigo la guerra!

Ah! también dicen que un cochino se vendió en 748 francos. ¿Habrá sido venta lo de Bazaine?

Está á tal altura el precio de las cosas, que quién sabe....!

En un banquete celebrado hace pocos días, un sugeto que tiene fama de escénico, pronunció el siguiente brindis:

—Por el Ecuador y el miríñaque. Por el primero, porque rodea la tierra, y por el segundo, porque rodea el cielo.

¡Bien por la gracia!

En un periódico oficial, leemos una nota de los derechos que adeudaron los efectos importados durante 1879 en los Es-

tados-Unidos. En esta nota encontramos las partidas siguientes:

Por pelo postizo..... 128,680 pesos fuertes.

Por blanquete..... 69,026

Nimium ne crede colori; no te fies demasiado, en el color, decía el lírico latino; pero nosotros, que no somos latinos ni líricos, sólo podemos exclamar en vista de la fabulosa cifra ¡Fíese Vd. en los colores y el cabello de los norte-americanos!

¡197,706 pesos fuertes por derechos de introducción sobre coloretes y pelo postizo!

Al leer en un periódico,
no me acuerdo de qué tierra,
que iba pronto en Alemania
á reunirse la Dicta,
dijo un mambí, ya escamado;
—Vaya una noticia fresca!
hace tiempo la tenemos
aquí reunida.... y dispersa.

El cuerpo de Honrados Bomberos de la Habana celebra hoy domingo, con la mayor solemnidad, una fiesta religiosa de su patrona la *Santisima Virgen de los Desamparados*.

A las 9 de la mañana se cantará la misa en la Iglesia de Monserrate y á las cuatro de la tarde saldrá la imagen en procesion.

Se han repartido ya las papeletas de invitación á esta fiesta, que no dejará de estar concurrida.

Hablando del temporal último, dice *La Revolucion* que no se afligiría si supiese la desaparición de todas las cañoneras españolas.

Lo creo.

Y eso que me parecía imposible que yo llegase á creer nada de lo que puede decir *La Revolucion*.

En el último número no pudo JUAN PALOMO publicar la continuación del interesante cuento *La partida de la muerte*, por la aglomeración de materiales.

Hoy se inserta, y continuaremos haciéndolo sin interrupción hasta su fin.

Y léanlo ustedes, porque les gustará.

Segun el modo de hablar que han adoptado los mambises, no será posible decir de ninguna *suripanta* que tiene don-aire.

Habría que llamarle *ciudadano-aire*.

Digo; me parece.

Un periódico americano, el *Day's Doings* publica una lámina con el huracán de Cárdenas, y en ella un episodio, que ha sido un secreto para todo el mundo, menos para el dibujante.

Un joven, aprovechándose de la agitación producida por la tempestad, dá de puñaladas á su rival, pereciendo después el mismo y su pretendida.

O es *trijedia* ó no es *trijedia*.

Si habrá sido fuerte el aire para que sucedan estas cosas!

Advertiendo á ustedes, que estas cosas son el trastorno y el estravío que han sufrido las cabezas de algunos periodistas de Nueva-York.

Yo lo he leído.

He leído en un periódico que uno de los *Jorros* del *Sufragio Universal* (Q. E. P. D.) pretendió conferenciar con el ministro de Ultramar, en nombre de los ex-junteros de Nueva York.

He leído también que el señor Moret se negó á recibir tan extravagante embajada, y después de leer esto, me corrió la satisfacción por todo el cuerpo.

Satisfacción y noticia quiere JUAN PALOMO que corran por ahí con una bandera que diga:

¡Bien, señor Moret!

Los emigrados *cuberos* han llevado muy á mal que el duque de Aosta acepte la corona de España.

Pero, señores laborantes, si están ustedes decididos á no ser más españoles, qué les importa á ustedes quien ha de ser nuestro rey?

Me escama algo la interinidad, cuando veo á *La Revolucion* enfurecerse porque vamos á tener monarca.

El principio de asociación cunde por todas partes de una manera asombrosa.

En Inglaterra se ha reunido una porción de gente, y á la sordina han formado una secta, ¿para que dirán ustedes?—Para no llamar al médico cuando estén enfermos.

Señores, ríanse ustedes cuanto quieran, pero no lo tomen á guasa.

El jurado de Kent está formando un proceso á esta asociación que se llama el *Pueblo particular*.

¡Y tan particular!

Uno de los testigos que han declarado en la causa dijo que el médico no es bueno más que para los que no creen en el Señor, que los que pertenecen al gremio de Cristo no tienen necesidad de él, que él había visto por la Uncion y la imposición de manos curar fiebres.

¡Ha visto usted qué cosas tan raras tienen los ingleses.

Bien hicieron en bautizar con el nombre de *ingleses* á los que tienen la extraña manía de cobrar lo que les deben.

¡Qué rarezas!

ECOS TRISTES.

Si en noche callada
Por sombras velada,
Del viento
En las alas veloces se pierde
Una queja de amargo dolor,
La dá el alma mía
Que vuela sin guía
Exhalando sus lúgubres gemidos
Sobre las ruinas del pasado amor.

Si el mar encrespado
Rebrama irritado,
Si lanza
A la playa sus ondas violentas
Que se rompen en duro peñon,
Será que sus olas
Mis lágrimas solas
Aumentan ¡oh dolor! al desprenderse
Del infeliz herido corazón!

Si en yermo ignorado
Un túmulo aislado
Descubres
Y á la cruz que lo guarda, tus manos
Tender quieres con santa emoción,
Recuerda que he muerto
De pena cubierto
Porque era de noche, no llovía
Y estando indigesto me comí un jamon!

ANTONIO E. DE ZAFRA.

Albisu tiene muy adelantadas las obras de su teatro. Albisu tiene ya contratada una compañía de ópera.

¡Bien por Albisu!

El día 16 del corriente se embarcan en Saint-Nazaire los artistas, con rumbo á la Habana; de manera que del 5 al 6 de Diciembre estarán entre nosotros.

Ah! curioso lector! tú quieres la lista de la compañía, no es cierto? Te lo conozco en la cara.

Soprano.—Sra. Ida Visconti.

Tiple dramática.—Sra. Rubini.

Tiple de gracia.—Sra. Ginliani.

Contralto.—Sra. Kate-Morenci.

Primer tenor.—Sr. Villani.

Tenor de gracia.—Sr. Camoli.

Barítono.—Sr. Enrico Mari.

Otro barítono.—Sr. Guadagnani.

Bufo caricato.—Sr. Canelotti.

Primer bajo.—Sr. Cesaro.

Segundo bajo.—Sr. Galvani.

Director de orquesta.—Sr. Aguirre.

Dos tenores segundos.

Coro de mujeres, de primer orden: de esas que no necesitan ponerse cascarilla.

¿Qué tal?

La Revolucion está publicando los discursos que se pronunciaron en Irving-Hall para con-MEMO-rar el berrido de Vara.

¡Qué discursos!

En vista del éxito alcanzado, los oradores han decidido usar zapatos de orejas.

Dicen que así no les faltarán nunca los oyentes.

El ministro francés Gambetta hace viajes en globo.

Ahora si que tomarán pie sus enemigos para decir que se vá á pájaros.

Desde el número próximo tendrá JUAN PALOMO una sección mas: la de *Revistas teatrales*.

Lo digo tan solo, por si alguien dejaba de suscribirse porque al periódico le faltaba eso, que sepa que puede hacerlo ya sin escrúpulo de conciencia.